

GUILLERMO SHERIDAN, *Los Contemporáneos ayer*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985; 411 pp.

Desde su título, *Los Contemporáneos ayer* marca el juego creativo que su autor establece entre la literatura y la historia, entre la década de los ochenta y la que corresponde a la generación que aborda y desarrolla en su libro: los Contemporáneos, “un lugar imaginario en el que coincidieron diversos discursos y maneras de ejercer el quehacer literario y cultural entre los años de 1920 y 1932 y alrededor de un cierto número de empresas como revistas, grupos de teatro y sociedades de conferencias” (p. 11).

Una introducción que alude en primer lugar al ejercicio crítico de los Contemporáneos y un epílogo dedicado a “La revista *Examen* de Jorge Cuesta” sirven de marco al proemio y a los 13 capítulos del libro, organizado en dos partes: a la primera, “La vida oculta”, le corresponden el proemio y ocho capítulos; a la segunda, “La vida pública”, los últimos cinco capítulos, que son los más extensos. Al final aparece una muy nutrida y seleccionada bibliografía que Sheridan bien maneja a lo largo de su trabajo.

La primera advertencia sobre la creatividad de los títulos, el del libro y sus dos partes, sirve también para el “Proemio: Entre las madreselvas amigas” y los trece capítulos. Éstos se titulan con expresiones entresacadas del propio texto; pueden ser versos o frases de los Contemporáneos, indicar una situación específica de aquel momento histórico o señalar alguna característica del grupo. Títulos y subtítulos son sugerentes y muestran un orden cronológico en la formación del grupo.

La estructura del libro está muy bien pensada: si la introducción precisa y sintetizadora abre el texto, la bibliografía lo cierra y testimonia la información; si hay una primera parte que descubre individualidades y exhibe el proceso de gestación de los Contemporáneos, hay una segunda parte que desarrolla y cierra el proceso de su existencia; si hay un capítulo para cada año, de 1917 a 1928 —con excepción del capítulo ocho que se refiere a 1923-1924—, el primero y el último no indican ningún año en su título. El primero, “Van de la ciencia a recibir cariños” (verso de Novo), alude sobre todo a 1914-1916, y el último, “*Contemporáneos*, revista mexicana de cultura”, se refiere a los últimos años de los Contemporáneos, hasta 1932.

El orden cronológico de los capítulos de ningún modo indica que la historia de esta generación, que Sheridan elabora en el contexto de la historia cultural del México de aquellos años, se realice únicamente en forma contigua. El autor ordena los hechos, pero también los entrelaza cuando es necesario; lo que importa es mostrarlos en su significación y relación causal. La historia del grupo se configura así siguiendo una linealidad y, al mismo tiempo, presenta planos simultáneos que se encuentran y bifurcan, ya sea porque ocurren al mismo tiempo y que Sheridan intenta presentar de la misma manera, ya porque el autor para explicar una situación determinada actualiza otras pasadas o futuras,

y de esta manera la muestra en toda su complejidad.

Así como Sheridan pasa con fluidez de un hecho a otro, así también pasa de un personaje a otro, y lo hace de múltiples maneras: a veces los presenta, y nos da noticias de su vida “oculta” o “pública”; otras veces les cede la palabra y así los protagonistas de este escenario literario y cultural hablan de sí mismos y de su generación.

Cuando se refiere a ellos por primera vez, Sheridan muy cuidadosamente los nombra “grupo de Contemporáneos” e insiste más adelante en llamarlos de este modo. Sin embargo con toda libertad, desde la segunda página de su libro, se refiere a “las aportaciones de esa generación”. Aunque aclara con pertinencia que “semejanza de edades, gustos y cultura bastaría para no tener que recurrir a las fatigosas teorías generacionales” (p. 14), Sheridan muestra su conocimiento teórico sobre éstas cuando, al aclarar que más que grupo los Contemporáneos eran una familia, se refiere a la “unidad de generación” de Mannheim (p. 16) y cuando, para reflexionar sobre lo que sucedía en 1933, alude al “apogeo de las teorías generacionales de Mannheim, Scherer, Lorenz o Pinder que Ortega y Gasset, con más o menos eficacia, se había apropiado” (p. 379). Sheridan sabe del asunto, sí, pero su genealogía es un buen ejemplo de que no es necesario acudir a ninguna teoría al respecto.

¿Y quiénes forman según Sheridan esta generación? Después de hablar de la elasticidad de la nómina del grupo, de las constantes inclusiones y exclusiones que los críticos hacen de sus miembros, de la permanente relación entre los Contemporáneos y sus “compañeros de viaje”, Sheridan delimita muy bien al grupo; coincidiendo, él lo aclara, con E. J. Mullen y M. H. Forster, lo constituye “un primer grupo formado por Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo y José Gorostiza; y un segundo grupo formado por Xavier Villaurrutia y Salvador Novo primero y después por Jorge Cuesta y Gilberto Owen” (p. 18).

Casi desde un principio, incluso antes de delimitar al grupo, Sheridan no resiste la tentación y expresa sus preferencias. Si el “rigor crítico”, “condición para ingresar a la modernidad e instrumento principal para practicarla” (p. 13), es, según él, característica fundamental de los Contemporáneos, este “rigor crítico quizá explique la reticencia de los mejores entre el grupo para la publicación, sobre todo de su poesía. Me refiero, claro está, más a Cuesta, a Owen, a Villaurrutia y a Gorostiza que a Torres Bodet, a González Rojo o a Ortiz de Montellano” (*ibid*). De este modo, Sheridan da a conocer su inclinación hacia el segundo grupo, con excepción de Gorostiza. Del primer grupo con frecuencia maltrata a Torres Bodet; sin embargo, este maltrato persistente se ve burlado por el propio Sheridan: cuidadoso de la organización de su libro, como hemos visto, la primera referencia para nombrar al grupo la toma de Torres Bodet, “archipiélago de soledades” (p. 11); es al primer Contemporáneo que pone en escena como protagonista de su original proemio; le otorga el primer plano en el primer capítulo; y reconoce que era quien “comenzaba a advertir, cada vez con mayor

certeza, que las revistas literarias eran el agente más adecuado para la promoción cultural” (p. 120). De este modo, Sheridan le abre a Torres Bodet un espacio de honor en su texto.

El libro muestra como se va haciendo desde un principio esta generación. El primer grupo estuvo muy cerca de González Martínez; por tal motivo Novo les llamó “El grupo del cuello torcido”. Maples Arce, enemigo incisivo, los insulta llamándoles “aguachirles literarios” y “lamecazuelas”. Fue el mismo grupo que en 1919 fundó un nuevo Ateneo de la Juventud, “en el espíritu constructivo y optimista de la herencia del Ateneo” (p. 72). El segundo grupo, “la generación bicápite”—como Novo se refirió a sí mismo y a Villaurrutia—, tuvo estrecha relación con Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Cuesta y Owen, que se conocieron e identificaron en la Preparatoria Nacional, se relacionaron más con el segundo grupo que con el primero.

Sheridan reconoce que fue González Martínez el primero en referirse a ellos como parte de la “novísima generación mexicana”. Torres Bodet se refirió al grupo como el “archipiélago de soledades”; Villaurrutia, como el “grupo sin grupo”; Cuesta, como el “grupo de forajidos”.

Muy avanzado su libro, el autor aclara que el sello de Contemporáneos no aparecerá hasta mayo de 1928, cuando Cuesta publica la *Antología de la poesía mexicana moderna*, donde

por fin, después de varios años de existencia virtual surcados de rencillas y asperezas de sus mutuas susceptibilidades, la generación del nuevo Ateneo y la generación bicápite se unieron en una empresa común. Este curioso encuentro, esta coalición final que se había postergado por diferentes empresas que los hacían autoexcluyentes, se hace manifiesta por fin en la antología presidida, curiosamente, por el último en ingresar al grupo [o sea Cuesta]. Y el único que quedará un poco al margen es Owen (pp. 320-321).

*Los Contemporáneos ayer* es un libro de personajes inmersos en su cotidianidad. Sheridan los aborda de esta manera y los ubica también en momentos importantes de la historia y la literatura. Dentro de éstos, en el libro se destacan, además de la disputa entre nacionalismo y universalismo, algunos momentos que sacuden al grupo: el antagonismo con los estridentistas; la polémica sobre literatura “viril” y “afeminamiento de la literatura”; y el debate acerca de si “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?” De esta manera Sheridan muestra cada etapa de la historia de la década que lo ocupa.

En el entrecruce de las relaciones de los dos subgrupos, con sus semejanzas y diferencias, con sus individualidades y sus acciones colectivas, con sus rupturas y reconciliaciones, aparecen también los nexos que establecen con otras generaciones: los últimos modernistas, los dispersos ateneístas, los “Siete Sabios”, que los anteceden y conviven con ellos. Finalmente, la herencia legada a las generaciones que giran en torno a *Barandal* y *Taller* hasta llegar a *El Hijo Pródigo*. Sheridan traza las complejas redes

de relaciones que se dan también en una compleja realidad histórica social y, a partir de la formación del grupo de Contemporáneos, va armando una etapa de la historia cultural y literaria mexicana.

Lo hace, y éste es el principal mérito de su libro, basado en un profundo conocimiento de las revistas literarias que son “la bitácora del viaje literario de una cultura” (p. 21) y allí apuntala la historia de la generación. Utiliza acertada y novedosamente una de las empresas —diría él— que más caracterizan al grupo y monta una historia literaria a partir de una historia de revistas. Las conoce todas y nos habla de ellas, de la visión del mundo de sus colaboradores de la ideología de la revista, e incluso de los aspectos técnicos (criterios editoriales, tipografía, puntaje...), deteniéndose en observaciones sobre tiraje, números de una revista, tipo de lectores, etcétera.

Sheridan analiza una por una las revistas que los Contemporáneos crearon: *Revista Nueva* (“la primera empresa editorial iniciada directamente por la generación”); *La Falange* (fundada en 1922 por Torres Bodet y Ortiz de Montellano, “como resultado de las prebendas que otorgaban sus puestos públicos y de los ataques de los estridentistas”); *Ulises* (revista de vanguardia que, dirigida por Novo y Villaurrutia, dejó de lado las formas modernistas); *Contemporáneos* (que quedó en manos de Ortiz de Montellano, “la más duradera” pero, según Sheridan, “la menos elocuente en términos de precisión de lineamientos”); *Examen* (“primera revista en que las ideas filosóficas, políticas y sociales tienden a una coexistencia complementaria con la literatura”).

En el libro se analizan también las revistas de las que los Contemporáneos son tan sólo colaboradores: *Pegaso* (dirigida por López Velarde y González Martínez); *San-ev-ank* (“curiosa revista literaria” de 1918); *México Moderno* (“el más fino y elocuente testimonio de la actividad intelectual mexicana a principio de la década de los veinte”); *Policromías* (“Órgano de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria”, “Seminario Humorístico de Estudiantes”, allí publica por primera vez Owen); *El Maestro* (“primera revista literario-técnica-pedagógico-humanista de gran tirada”); *Antena* (que reúne a Villaurrutia, Novo, Cuesta y Owen); *Forma* (revista de artes plásticas, en ella surge el germen de la disputa sobre nacionalismo y universalismo).

Sheridan no se detiene únicamente en las revistas que se imprimen en México, sino trae a colación revistas europeas (*Prisma*, *Revista de Occidente*) y latinoamericanas (1927, *Atenea*, *Nosotros*) con las que los Contemporáneos tenían estrecho contacto. De esta manera, su historia recoge y analiza la amplia labor de edición de aquella época: abarca revistas, periódicos, cartas, casas editoriales... Respecto a los libros de los Contemporáneos, el autor no sólo los menciona, sino que los selecciona y muestra para testimoniar sus afirmaciones y realizar incipientes y sugestivas propuestas de análisis.

*Los Contemporáneos ayer* es indudablemente el libro más bonito y completo que se ha escrito sobre esta generación; allí la anécdota, el debate, la crónica, el estilo periodístico, la técnica cinematográfica, el comenta-

rio gracioso, incisivo a veces, el análisis objetivo y serio, los gustos y afectos del escritor, conforman una microhistoria literaria, mediante el viaje sheridaniano que cede a la "invitación al viaje" de los Contemporáneos.

La edición del libro está sumamente cuidada y vigilada. Mínimas erratas, algún dato que se escapa de control (en la página 42 se nos dice que Ortiz de Montellano nació en 1897 y 10 páginas después se cambia su nacimiento a 1899), el índice registra erróneamente en una misma página el proemio y el primer capítulo. Es un libro armado, escrito y revisado con mucho gusto, por decir lo mínimo. Apuntalado en una investigación hemerográfica y bibliográfica de muchos años, publicado en parte en revistas y periódicos, comentado previamente por conocedores, *Los Contemporáneos ayer* se ha dado tiempo para publicarse casi impecablemente, lo que coincide con la inteligencia, sensibilidad y capacidad crítica y creativa del autor.

Se echa de menos, sin embargo, una discusión más amplia con la crítica literaria actual que se dedica a los Contemporáneos. Sheridan se apoya en ella, pero casi no la cuestiona. Y en lo que a historia se refiere, su marco de referencia es casi exclusivamente *Caudillos culturales de la revolución mexicana*, por lo que su visión y enfoque pueden resultar unilaterales. Por lo demás, la parcialidad que de entrada marca entre los dos grupos de Contemporáneos se debe a sus preferencias, y tiene todo el derecho de hacerlo. El lector sabrá tomar partido.

SARA POOT HERRERA

El Colegio de México

*Romancero tradicional de Costa Rica*. Ed. Michèle S. de Cruz Sáenz. Pref. de Samuel G. Armistead. Transcripciones musicales de Christina D. Braidotti. Juan de la Cuesta, Newark, DE, 1986; xxxi + 138 pp.

Las escasas publicaciones de romances tradicionales en Costa Rica han tenido, generalmente, una difusión local, por lo que los estudiosos del romancero no tenían a su alcance el corpus de versiones de ese país. La recolección de la profesora Cruz-Sáenz viene, pues, a llenar un vacío en el conocimiento del romancero americano.

La introducción de la autora describe sus diferentes viajes con observaciones muy interesantes sobre el ambiente y los cambios culturales hallados. Muy interesante también es el prefacio de S. G. Armistead, eminente romancista, que hace una historia sucinta de la recolección del romancero oral, con abundantes notas eruditas. Otro mérito de la edición es el haber incluido las transcripciones musicales, aspecto no